

11 (no)

Editorial Gedisa ofrece los siguientes títulos sobre el

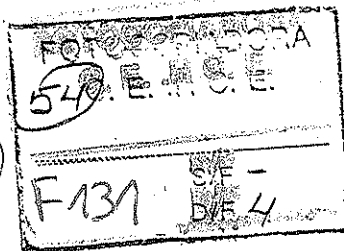
TEMA  
PSICOANALISIS Y PRACTICA PSICOANALITICA  
perteneciente a sus diferentes colecciones y series

Se agrupan en esta sección títulos de psicología, psiquiatría y psicoanálisis, según un criterio no solamente temático sino también conceptual y científico. Reúne libros de fondo dentro de la más actual producción teórica en psicoanálisis y sus distintas vertientes: psicoterapia de grupos, análisis institucional, historia del movimiento psicoanalítico, etc., sin omitir las aportaciones de la llamada escuela lacaniana.

- LUCIO PINKUS *Teoría de la psicoterapia analítica breve*
- SALVADOR MINUCHIN *Familias y terapia familiar*
- LEONARD SMALL *Psicoterapias breves*
- EDGARDO GILI *El juego*
- Y PACHO O'DONNELL
- CLAUDE LE GUEN *La práctica del método psicoanalítico*
- NANCY CHODOROW *El ejercicio de la maternidad*
- FERNANDO DOGANA *Psicopatología del consumo cotidiano*
- MAUD MANNONI *La primera entrevista*

# EL NIÑO DEL ESPEJO

## EL TRABAJO PSICOTERAPEUTICO



por

Françoise Dolto y  
Juan David Nasio

*Las sesiones del tratamiento  
(ej. un caso clínico)*

54 F 52

gedisa  
editorial

*decepción era el persistente revés de la inmensa y desbordada ternura que ambos necesitaban para reencontrar — tanto uno como el otro— el derecho de vivir y al fin conocerse. Y que se sintieran aceptados el uno por el otro a pesar de las dificultades con que se encontraban frente a la educación del hijo.*

### Las sesiones de tratamiento

Así, el tratamiento se inicia sobre bases claras. ¿En qué consistirá el trabajo psicoterapéutico? Esta es una pregunta embarazosa, ya que no hay dos sesiones ni dos tratamientos que se parezcan, ni en su desarrollo ni en su duración. Además, la edad y el carácter del niño, así como los problemas que está sufriendo, también hacen variar el tipo de contenido de las sesiones.

Sea cuales fueren los problemas del niño, la hipótesis general es que padece una angustia de culpabilidad inconsciente, cuyos síntomas son a un tiempo la prueba y el medio que su naturaleza — librada a sí misma— encontró para canalizar esa angustia e impedir que destruya más gravemente aún el equilibrio de su salud. La gravedad de un caso no está determinada por la intensidad de los trastornos, sino por su antigüedad; con esto me refiero no a la antigüedad de tales o cuales síntomas, sino a la antigüedad de un estado a menudo polimorfo de dificultades emocionales variadas y cambiantes, pero que se remonta a la primera infancia.

Un niño que tuvo trastornos del apetito, del sueño, de la alegría de vivir y contactarse con el

mundo exterior — adultos y niños— antes de cumplir los tres años, es, en principio, un caso grave sea cual fuere la apariencia del caso en el momento en que deciden hacerlo tratar.

Los casos en que los trastornos sólo aparecieron después de los siete años, sin que haya habido realmente nada previo que señalar en la adaptación a sí mismo y a la sociedad, son, en principio, benignos.

Lamentablemente, hay demasiados casos que son graves y que hubieran sido benignos si se hubiera tomado con bastante seriedad en su momento. Pienso en las denominadas reacciones de celos del hermano menor, cuando el mayor no ha llegado aún a los tres años. Cuando no son superadas<sup>1</sup> por completo, se convierten en tres meses en la base de neurosis tardías muy graves ya que, por lo general, provocan una división de la personalidad del grande, que juega al mucho más grande, se convierte, verbal y mentalmente, en un niño razonable y precoz y aniquila — literalmente— su vida emocional, porque cuanto más se identifica con un grande menos puede expresar los intensos sentimientos de angustia que le genera la visión de este pequeño que es amado y amable por valores que él admite lógicamente cada vez menos.

<sup>1</sup> Nota: "Superadas" quiere decir que el grande se ha vuelto amablemente indiferente al pequeño, salvo cuando están solos fuera de la familia. En esas ocasiones, el grande puede ser — sin peligro— el hermano (o la hermana) mayor, momentáneamente protector frente al mundo social, pero a condición de que ninguna figura parental adulta sea testigo del hecho.

Experimenta entonces sentimientos de hostilidad que no comprende en absoluto y se siente malo. Si finalmente, y a pesar suyo, se le escapa algún gesto violento o desconsiderado para con su hermano, lo cual lo liberaría, se siente espantosamente culpable. Y él mismo, a imagen de una persona grande, se critica sin piedad. Quiere entonces borrar la maldad mediante un acto generoso, consolador respecto del pequeño, lo que lo destruye más aún, ya que antes de los siete años juzgar los sentimientos maternos o paternos es un ejercicio peligroso. El niño se encuentra todavía en el período de vaso comunicante con la persona a quien ama, y por lo tanto amar a alguien más pequeño constituye una amenaza de regresión infantil.

El material utilizado para la psicoterapia varía bastante según los psicoterapeutas — títeres, cubos, objetos cotidianos reducidos, modelado, pintura, lápices de color—, pero el único fin es el de liberar la verbalización de los afectos, y posibilitar la expresión de los conflictos y las tensiones del niño. Personalmente, utilizo los lápices de color y el modelado. El terapeuta interviene lo mínimo indispensable, y sólo para posibilitar la expresión más acabada, más emocional de las dificultades y los conflictos del niño consigo mismo y con su medio. Es fundamental la actitud permisiva para decir todo, representar, mimar, inventar todo (pero no para hacer todo); actitud no moralizante del terapeuta que es, por lo tanto, absolutamente específica y diferente de la actitud que deben tomar los padres y los educadores. Estos últimos constituyen la realidad social del niño y se la imponen. Los niños diferen-

cian muy bien (al igual que los adultos en tratamiento psicoanalítico) el trabajo psicoterapéutico de la realidad de las relaciones humanas en la vida social. Un ejemplo permitirá comprender mejor esta diferencia y cómo se despliega en la psicoterapia:

*Es el caso de J.P., de casi ocho años, que viene por temores nocturnos, tics (cierra los ojos espasmodicamente), y algunos hurtos con denegaciones mentirosas que lindan con la mitomanía. Los primeros hurtos aparecieron después del nacimiento de un hermano, F., alrededor de los tres años. La familia dice — como lo hacen todas en estos casos — que los niños se adoran y que el mayor no estuvo celoso jamás, pero la época de aparición de los trastornos coincide con los meses que siguen al nacimiento de F., lo cual prueba que es precisamente esta supercompensación a los problemas normales de celos — cuya expresión no toleró — lo que lo enfermó. En poco tiempo, el tratamiento sacará a la luz ante todo los mecanismos de defensa que confirman la hipótesis inicial. Se decide hacer una sesión cada quince días.*

*En la primera sesión, el niño habla mucho de su hermanito, qué contento está de tenerlo, qué gracioso es, que el terapeuta tendrá que conocerlo, etcétera. Mientras habla, fabrica un autito, dice que sería para su hermanito, cuenta cómo lo hace jugar. Después hace chocar el auto que había modelado. Se le pregunta qué se le ocurre con que hace eso justo mientras habla del hermanito. Se ríe y dice: "Un*

día mi hermanito rompió un juguete mecánico mientras yo estaba en la escuela, un juguete que yo había guardado con mucho cuidado. Pero por supuesto no se lo puede retar. ¡Es tan chiquito! — ¿Tan chiquito? — Sí, tiene cuatro o cinco años. — Y cuándo tú tenías cuatro o cinco años, ¿le hubieras roto algo a tu hermanito sin hacerlo a propósito? — ¡Oh! yo, es distinto, yo soy grande. — ¿Pero cuando tenías la edad que él tiene ahora, hace dos años, eras grande o pequeño? — No sé, pero sé que nunca hay que enojarse con un chico, lo dijo mamá, y también papá y también el maestro, ¡eso! (y el niño está al límite de la tolerancia de las emociones que afloran). — Sí, te fastidio, soy una señora fastidiosa...” Silencio. “¿Me puedo ir, señora? ¿Terminó? — Todavía tenemos diez minutos. Si realmente crees que no puedes soportar más a una señora así, te puedes ir. Pero puedes hacer un dibujo ya que el auto está hecho papilla.” Y ambos, J.P. y la señora se ríen juntos. “Bueno, voy a dibujarle el hermanito de mi compañero. Qué feo que es, y además es malo con su hermano mayor. Uy, uy, no es como el mío que es bueno. Y además me dijo que sus padres siempre le dan la razón.” Y dibuja un hombrecito al que ridiculiza con dientes grandes, un gran bastón y pies pequeños; tiene un globo rojo. “Aquí está el hermano de mi compañero.” Y le agregaba una nariz sucia, piernas por las que bajan trazas de excrementos. “Míre, y se hace en el calzón el nenito de mamá” (dice en un tono camorrero). “¡Toma, llórón!” y a mí, con un aire de connivencia: “Voy a dibujar a la mamá. Ahí está, ¡ahí viene tu mamá!” (es una harpía desgredada con una palmatoria). Y después, volviéndo-

se hacia mí: “Va a agarrar a mi compañero porque el globo se reventó solo, pero él le va a decir a la mamá que se lo hizo el grande. — De verdad, ése es un hermano grande que no tiene suerte”, dice la terapeuta.

Finaliza la primera sesión.

A los quince días, la mamá dice que el niño durmió muy bien, sin pesadillas, lo cual no sucedía hacía tiempo. Por lo demás, todo sigue bien.

La segunda sesión, J.P. llega y dice: “Hoy te voy a contar una historia de cowboys. Me la contó mi compañero” (el compañero hermano mayor que no tiene suerte). Sigue una historia en donde los indios están en su derecho y los cowboys los atacan para sacarles su tesoro. El sheriff se cree listo. Pero un indio más listo que los otros, oculto tras un peñasco, tira una flecha envenenada justo entre ambos ojos del sheriff en el momento en que los cowboys creían haber cogido el tesoro de los indios (J. P. tiene un tic en los ojos). Entonces el sheriff, antes de morir, dice a los cowboys, ese indio tiene que ser sheriff después de mí porque es el más fuerte de todos. “¿Es linda, no? — Sí. Dibújamela.” Entonces J. P. dibuja y dice señalando al sheriff, que lleva una camisa a cuadros, es la misma camisa que le dio mamá a papá para su cumpleaños, yo también tengo una, pero no es tan linda. Sigue su dibujo (yo no digo nada), lo colorea. “¡Bueno! Si estuvieras en la historia, ¿quién serías? — ¡Y bueh! El indio que mata al sheriff y que será sheriff después que él. — ¿Y tu compañero? — El sería mi segundo, también un indio, o

no, sería un cowboy que quiere a los indios y que sería justo con ellos. Es cierto, se tienen que quedar en su territorio, pero cuando hay algunos que son buenos no hay que tomarlos por malos. ¡Clarol el tesoro era de ellos. Hay que dejárselos o comprárselos, pero no quitárselos. — ¿Y el sheriff quién sería? — No sé... No importa que esté muerto porque ahora el indio va a ser sheriff y van a ser todos amigos... Oiga, señora, quisiera decirle algo pero no puedo... — No lo digas. — Si se lo escribiese en un pedacito de papel tal vez eso me curaría, aunque usted no lo lea... Lo voy a escribir y usted lo lee cuando me haya ido... Porque es una cosa que pienso y que me agarra cuando no quiero y no puedo pensar en otra cosa y entonces estoy sonado. Trato de no pensar, de no ver lo que pienso y se me pone delante y además, no sirve de nada cerrar los ojos, eso viene de atrás de la cabeza. — Sí, es muy molesto. ¿Pero por qué tienes tanto miedo de que yo lo sepa? — Porque hay algo me dice que si lo digo va a ser mágico. Más fuerte todavía. Un día, así nomás, oí a una señora que decía: "Soñé con muerte, eso quiere decir que habrá un muerto o un casamiento." Y después, justo ese día, llegó una participación de casamiento a casa. — Entonces... — Entonces no tiene gracia. — ¿Por qué no tiene gracia un casamiento? — No es el casamiento... Ante todo, yo no me voy a casar nunca, las chicas son idiotas... Es porque los sueños son cosas que se hacen realidad. — ¡Ah, clarol!" Finaliza la sesión. "Igual quería decírselo. ¡Ah bueh! no, ¡ah bueh! sí." Y garabatea algo que tacha enseguida, y se arruga y rompe y se escapa... Y se va "hasta luego" contento.

Tercera sesión. La mamá cuenta, claros progresos en la escuela, en donde parece recobrar la memoria, no retenía nada. Noches tranquilas; pero cuestiones con su padre por cualquier cosa. A cada cosa que dice el padre, le dice: "No es así. Te equivocas, ¿no es cierto mamá?" y finalmente mi marido se enerva y termina todo echando a J. P. sin postre. Se acuesta llorando si su padre no le quiere dar las buenas noches. Temo que terminen no aguantándose. Y cuando su padre no está todo anda bien. Nunca había estado así. Parece que en la escuela no tiene más tics, el maestro me hizo esa observación, pero en casa es peor, sobre todo en la mesa cuando está su padre. Antes del tratamiento no había nunca historias, salvo sus pequeños hurtos, por los que el padre lo retaba sin hacer mucho hincapié, entonces adoptaba un aire idiota, como retardado.

Insertaré aquí un poco de teoría. J. P. había comenzado con sus dificultades emocionales poco antes de los tres años, en el momento de nacer su hermanito, que coincidía con su etapa del "no", necesaria para su evolución. Pero debe de haber tomado la separación de la madre, que tras el parto estuvo en el sanatorio diez días — período en que no lo dejaron visitarla—, como un castigo por sus oposiciones caracteriales que, en efecto, fatigaban mucho a la madre en su último mes de embarazo y le hacían irritarse con él. En esa época, adoraba a su padre y le obedecía en todo. "Desgraciadamente, mi marido no pudo tenerlo con él esos diez días cuando nació el segundo. Lo dejamos a cargo de su abuela, que no comprende bien a los niños. Se sintió un poco mortificado y sin embargo estaba bien cuidado."

Se entiende que J. P. no haya mostrado celos después de esto, por miedo de volver a ser separado de su mamá. Por el contrario, se identificó con ella, se desinteresó un poco de su padre y se mostró maternal con el pequeño. Pero llegó la edad del complejo de Edipo. J.P. debe ir hacia su padre, identificarse a él, entrar en rivalidad para intentar ganar a su madre, estar mejor dotado que el padre (tener una camisa a cuadros más linda que la suya), en suma, matar al sheriff y ganar en todos los frentes, quedarse con el tesoro del salvaje y ocupar el lugar del jefe social destronado.

Todos sus conflictos con el padre y las lágrimas si papá no lo besa antes de acostarse son los signos de esta tensión ambivalente.

Hay dos soluciones para tener a mamá: ser el hermanito, sería regresar; o matar al padre, ridiculizarlo, hacerse dar la razón por mamá, eso también sería tener a mamá... Sí, pero entonces aparece el peligro de muerte = casamiento, y de eso ni quiere oír hablar, las chicas y las mujeres son (castradas y por lo tanto) idiotas.

Llegamos entonces a la tercera sesión. J. P. está silencioso. Con lentitud, hace un modelado que representa un puente que cruza un río y un tren sobre el puente. "¿En dónde estarías? — ¡Ah! No sé, tal vez en un barco justo bajo el puente cuando pase el tren. Hace ruido, uno se asusta; es raro y divertido tener miedo, uno piensa si se cayera y no es peligroso de verdad... Me gusta mucho ir con papá cuando va a pescar. Es cerca de un puente como éste y mi papá, sabe, es un as, pesca pescados así (muestra un tamaño considerable), y los otros de al lado

no pescan nada. Y nosotros dos reímos. Cuando yo crezca papá me va a dar todos sus trucos. Y si me porto bien, para mi cumpleaños me van a dar una caña de pescar con anzuelos y una lata para los gusanos y un morral que mi mamá me va a hacer para traer mi pescado. Por supuesto, usted es una mujer, no entiende nada de las cosas de los hombres, ¡la pesca es para los hombres! ¿Está triste porque no va a ser nunca un hombre? Porque yo me acuerdo de que yo estaba triste porque no iba a ser nunca una mamá. Pensaba que eran mejor las mamás que los papás. Ahora, depende el día. — ¿Te hubiera gustado ser una nena? — No, una nena no, una mamá... ¡Ah! Sí, es cierto, las mamás son nenas... ¡Oh, bueh! No entonces... qué tonto que era. Los papás son mucho mejor. Y además cuando te retan, no te consuelan después... — ¿Te parece que es mejor? — Es bastante difícil, pero uno se dice que tienen razón, no es cierto que ellos son los más fuertes. Entonces, tienen razón. Mi papá no se equivoca nunca, todo lo que dice es verdad. Mamá, si digo algo y le digo: ¿no es cierto, mamá? Siempre me contesta pero sí, tienes razón. Las mujeres son así. Uno siempre tiene razón. Pero entonces si uno se equivoca... En cambio si papá me dice, no, tú no sabes, yo sí sé. Eso a veces me molesta pero no le digo nunca que me molesta (bajando el tono de voz) podría matarme... — ¿Matarte? — ¡Ah! sí, es muy fuerte, sabe. Un día rompió un árbol para hacer fuego. Y bueno, mi viejo... (gesto sacudiendo la mano) si tuviera un enemigo lo mataría así, de un puñetazo... Yo lo quiero mucho a mi papá... " Silencio.

Se pone a dibujar un soldado. "¡Y bueh! Sabe,

el otro día, lo que le quería decir; ¡y bueh! no volvió más. ¡Oh! Hoy se lo puedo decir, me da lo mismo. Era como un accidente que le pasaba a mi papá. Después yo no sabía que había muerto. Era que tenía cortadas las dos piernas, o la cabeza, o que lo aplastaba una casa que se caía cuando él pasaba. ¡Y bueh! Se terminó. — ¿Y qué habías escrito en mi papel y que después tachaste? — Había puesto 'papá está muerto'. Silencio... "Es gracioso, no le parece, que uno tenga esas ideas..." Dibuja un avión, duda, lo tacha, lo empieza de nuevo, cambia de papel. No, un cohete, no, es demasiado difícil porque sube al aire. Recomienza el avión y nunca hay bastante espacio como para que la trompa (o la cola) estén en la hoja al mismo tiempo.

La terapeuta: "¿En qué te hace pensar un avión que no tiene cabeza o que no tiene cola? — ¡Es papá! Dice que lo que yo cuento no tiene ni pies ni cabeza\*. Sí, pero cuando él era chico no había cohetes. Antes la gente era menos lista. No sabía hacer la guerra con bombas atómicas. Sólo tenían fusiles y cañones. Pero entonces, nosotros somos más listos que ellos, yo no, pero cuando yo sea grande voy a inventar cosas que papá no sabe. Papá me dijo que cuando el abuelo era chico no había aviones, ni electricidad, ni torre Eiffel, ni autos, nada de nada. Qué tontos que eran."

En esta sesión se ve la ambivalencia respecto del padre, la angustia de castración, todas las angustias de castración, la de no ser mamá, la del pe-

\* La expresión francesa correspondiente a la castellana "ni pies ni cabeza" es "ni queue ni tête", literalmente "ni cola ni cabeza". [T.]

ligro de ser una nena, la necesidad de superar al padre y la de no matarlo. De identificarse a él y temerle hasta la eventualidad de la muerte, ya que para llegar a ser fuerte hay que introyectar a alguien fuerte. ("Victoria sin peligro, triunfo sin gloria.")

Cuarta sesión. La madre nos dice que J. P. no quiere venir más, dice que no sirve para nada, que nos cuenta historias, que hace dibujos y que no tiene más ideas. "Y además, es una señora que dice que no importa si los padres se mueren, y que los chicos son más listos que los padres." Pero la mamá está contenta: los tics desaparecieron. Con el padre la cosa anda bien. Es con ella con quien no anda ahora. J. P. le dice todo el tiempo: "¿Te dolería si yo me muriese? ¿o si F. (el hermanito) se muriese?... " "Porque si eso llegara a pasar..." Y quiere saber si su mamá tendrá otro hijo, una hermanita, y cómo haría. La madre me dice que no ocultó que el hermanito estaba en su panza antes del nacimiento y que también había dicho que era necesario un papá. No había dicho nada más -¿qué responder ahora? La terapeuta dice a la madre que trate de introducir la cuestión delante del padre y que los deje continuar a ambos con el tema, entre hombres. La madre agrega: "Vivimos en una casa bastante estrecha, no creo que tengamos otros. Sin embargo nos gustan los chicos." La madre nos deja y le toca el turno a J. P. Entra muy contento, apurado por instalarse. "Sabe, me parece que hacía mucho tiempo desde la última vez... Sabe que ahora todo va bien, no tengo más tics, duermo bien y tengo mejores notas... ¿Voy a se-

guir viniendo mucho tiempo todavía?... Sabe, ¡voy a tener una hermanita! (se ve la ambivalencia respecto de la terapia y la fabulación mitómana). — ¿Ah? — Entonces, cuando tenga una hermanita, no hará falta que siga viniendo... Porque un hermano grande hace todo para ayudar, voy a poder darle el biberón, acunarla... ¡y además va a ser F. el que va a estar celoso! Por supuesto, la hermanita le va a sacar todo y no va a tener que ser malo, si no tendrá que vérselas conmigo. Yo con mi hermanita, voy a tener que ser bueno con ella, y además las nenas nunca son fuertes, son siempre buenas con uno... Y además yo voy a ser el papá y la mamá va a ser F. Después le voy a decir a papá y a mamá que pueden ir al cine, y yo voy a cuidar la casa, y van a tener que obedecerme... Van a salir cuando estemos acostados... Y después si mi hermanita llora la voy a llevar a mi cama... y ella va a pensar que es papá y no va a tener más miedo. ¿Dígame, señora, un día voy a tener hijos? Debe ser complicado hacerlos... Algunos dicen que hay que poner un velón para un varón y una velita para una nena. (Se observa el sincretismo del falo grande y el falo pequeño y de la magia, mecanismo de defensa ante la realidad.) Si uno no sabe lo que quiere, entonces, si no pone vela, hace que venga un mono (??...). Si, me lo dijo un compañero y también que los ahogan como a los gatos... porque nos arañarían y después, cuando crecieran, no serían como nosotros. Hubiera sido gracioso si F. hubiera sido un mono." Se desternilla de risa... "Lo hubieran puesto en el zoológico. Yo hubiera preferido una hermanita. Papá y mamá también, decían que iba a ser una hermanita y después no dijeron

nada que no era una nena. — ¿Y tú? — Yo me acuerdo que me parecía feo y además gritaba como un gato..."

Se pone a modelar un gato, otro gato y un gatito. "Los gatos, en el campo, hacen tanto ruido que no dejan dormir. Nosotros teníamos una gata en el campo. Tenía siempre mucha panza y después ponía gatos. Eran chiquitos, pero no se podía quedar con todos. Un día se los comió... Y después estaba muy mal, y estaba el gato grande de los vecinos que venía y ella no quería y después iba lo mismo y gritaban (imita el grito de los gatos) y después volvía y tenía de vuelta mucha panza y más hijitos. No paraba. Si no hubiese estado con el gato grande, no hubiese tenido hijitos. Me lo dijo fulano, también me dijo que nosotros somos como los gatos. No está bien, no es limpio, ¿no es cierto, señora? — ¿Qué es lo que no es limpio? No somos gatos. ¿Tu amigo te dijo que éramos gatos? — No, pero me dijo que los papás hacían cosas como los gatos con las mamás y que eso es lo que hacía los chicos... — ¿Ah? — ¿Pero no que no es verdad?... — ¿Tú qué piensas?" En este momento le corta la cabeza y la cola al gato grande modelado. La terapeuta dice: "Parece que castigas a papá gato por hacer cosas que a los niños les parecen mal."

En ese momento, toma el gatito y lo sube a las espaldas de la mamá gata. "Mire, señora, es gracioso, se le sube encima... Y mire, señora, qué contento que está, levanta la cola... y la mamá no se enoja. Las mamás gatas dejan jugar a sus gatitos con su panza, con los botones que tienen y ellos maman, aun cuando ya no hay leche. Hay una gata